

ENSAYO

LA TODAVÍA POSIBLE AVENTURA DE LEER

Juan Forn*

¿Cuál es el atributo característico de la lectura en nuestro tiempo?
¿Sigue siendo un hábito, un verdadero rito, como en otras épocas,
o se ha convertido en una actividad desprovista de sentido
simbólico y practicada por una minoría en vías de extinción? ¿Se
lee menos, se lee peor?

Este artículo del joven narrador argentino Juan Forn propone una
serie de reflexiones acerca del estado actual de la lectura y de la
relación entre literatura, cine y música en el Tercer Mundo, cuando
nos aproximamos al fin del milenio.

Todo podría empezar, como empieza siempre, con una pregunta
banal. Hay un escritor en una reunión cualquiera y una persona le pregunta
qué hace. En su vida, se entiende. El contesta: escribo. La persona dice: ay,
qué lindo, y le pregunta qué escribe. El escritor contesta: novelas. Y aquí
viene la pregunta banal, y un poco estúpida o un poco atroz, según desde
dónde se la mire. La persona mira sonriente al escritor y dice: ¿novelas? ¿De
qué? El escritor se fastidia, como cada vez de las miles de veces que ha
tenido que enfrentar esta pregunta, y como todas las veces anteriores no
contesta lo que piensa. Dice más bien, que, "ejem", en sus novelas al

*Escritor argentino. Autor de la novela *Corazones cautivos más arriba* (Buenos Aires: Emecé, 1987) y del libro de cuentos *Nadar de noche* (que publicará próximamente Editorial Planeta en Argentina).

menos, hay un poco de todo, ¿no?: amor, aventuras, cinismo, reflexión, pavor, angustia, esas cosas. La persona sonrío satisfecha. Fin de escena. Pero falta algo, claro: lo que el escritor pensaba y no dijo. Que es lo siguiente: si a esta persona le interesan los libros lo suficiente como para comprar (y leer) alguno de tanto en tanto, debería saber que la mayoría de las novelas que ha leído tiene una dosis (aunque sea ínfima) de romance y aventura y angustia y esas cosas. Además, sigue pensando el escritor: cuando uno dice dentista, ¿la gente acaso pregunta dentista de qué?; cuando uno dice banquero, ¿la gente acaso pregunta banquero de qué?

Hay un error en la enunciación de esa última pregunta, por parte del escritor. Cuando un banquero dice que se especializa en inversiones, le preguntan de qué. Cuando un arquitecto dice que se especializa en planificación o urbanismo, le preguntan de qué. Y, a fin de cuentas, la pregunta "novelas de qué" no estarían tan mal, si la hiciera una dama sensual, un poquitín borracha, o se volvería más bien atroz si la interpretáramos como un afán, levemente fuera de lugar en una reunión como ésa, de un aspirante a crítico literario por conocer el subgénero específico al que pertenece el material que escribe nuestro escritor. Pero también hay otro aspecto a aclarar en la configuración que se hace éste de la persona que tanto lo ha irritado: lo que no piensa nuestro escritor (por autodefensa, quizá) es que a esa persona pueden interesarle mucho menos los libros que evitar el abrupto y ominoso silencio en una conversación de salón, y que una respuesta neta adecuada de su parte ("De amor", por ejemplo, o "De aventuras") puede generar una serie de preguntas maravillosas ("¿Amor entre qué?", o "¿Aventuras espeluznantes?"). Y hasta convertirse en el inicio de una novela potencialmente aceptable (para no hablar de romance, si efectivamente se trataba de una dama sensual y un poquitín borracha).

Primera conclusión: los escritores son muy susceptibles. Segunda conclusión: en este simpático mundo hay, además de lectores, no lectores: una subraza entera de impunes, alegres y empedernidos no lectores. Este sería el lugar adecuado, en esta farragosa crónica, para incluir el remanido lamento en lenguaje protocolar de todas las instituciones relacionadas con la industria editorial: la distancia entre autor y lector cada vez es mayor, el libro acierta cada vez menos con su receptor natural (el lector incauto y deseoso de encontrar satisfacción en la lectura) y debe resignarse a ser tratado como un mero objeto de análisis (los críticos), de promoción (los editores), o de extrañeza (los pobres incautos que reciben un libro de regalo). En el caso de incluir tal parágrafo, veríamos enseguida en todas estas quejas que el mensaje (el desesperado mensaje) es el mismo: se lee menos. ¿Ah, sí? Veamos el asunto con más detenimiento: ¿se lee menos en cantidad? He

aquí una aseveración muy cuestionable. El objeto libro se ha diversificado tanto en los últimos tiempos que, si sumamos el total de la producción incluyendo todos los "objetos editoriales" que proponen un mínimo de lectura y denotan un aspecto remotamente parecido a la forma libro, no creo que la suma sea inferior al volumen total de producción de aquellos momentos dorados de supuesto auge de la lectura.¹ ¿Se lee menos en calidad? Difícil establecer parámetros, pero es muy probable que sí (lo que no creo que preocupe "tanto" a casi ninguno de aquellos mercachifles que gritan a voz en cuello: ¡Cada vez se lee menos!) y eso seguramente se debe en gran medida al afán (de estos mismos mercachifles) de que se compre (¿y también se lea?) más y más. Hay una tercera opción: ¿se lee con menor intensidad? Y aquí parece que empezáramos a acercarnos al asunto.

* * *

La lectura es un hábito solitario. La lectura puede convertirse en un "rito" solitario, a partir de determinado momento de familiaridad con los libros. Ya veremos por qué. Pero empecemos por los elementos obvios e indispensables que necesita para ocurrir paciencia y disponibilidad. Paciencia porque ocurre en el tiempo, y nos saca (como lectores) de nuestro tiempo cronológico ("¿real?" no me atrevería a decir tanto) para sumergirnos en

¹ P a r a no mencionar el consumo considerable de películas en idiomas extranjeros subtituladas (es decir, el consumo casi total) en cine y en video, en el cual los espectadores no conocen el idioma que se habla. Esta situación genera una modalidad no muy ortodoxa de lectura (de los subtítulos, por supuesto) similar a la lectura de *comics*. Nótese, antes de desechar esta idea como descabellada, que tanto el lector de *comics* como el espectador de video (especialmente de video, ya que la pantalla es mucho más chica que la de una sala cinematográfica y la imagen original pierde en el televisor un porcentaje considerable de su contundencia) dedica por lo general menos atención a la imagen que al texto, en cada uno de los cuadros en que hay ambas cosas simultáneamente, porque desea seguir el argumento sin perderse detalle. En cualquier video, el texto desaparece de cuadro tan rápido que queda escasísimo tiempo de disfrutar (o siquiera mirar atentamente) la imagen antes de que cambie. Por supuesto, esto nos llevaría a una digresión acerca de la desnaturalización del cine a causa de a) los subtítulos, y b) el video, y otra digresión todavía mayor acerca de la presunta tendencia en la industria cinematográfica actual a un cine de preponderancia de la imagen sobre el texto y la aparente subordinación del cine como arte a una concepción de éste como mero entretenimiento. Digresiones, aclaro, que no haré, al menos en esta ocasión. De manera que, volviendo a la hipótesis de esta llamada a pie de página, bien podría sumarse el video al total de material de lectura que nos propone esta época. (*Fin de esta absurdamente interminable nota al pie*).

otro flujo distinto: el tiempo que necesitan los sucesos de la trama de ese libro para ocurrir. En cuanto a la disponibilidad, me refiero a algo que yo llamaría, a falta de una sola palabra lo suficientemente amplia y múltiple y precisa a la vez: "activa disponibilidad". Un lector pasivo que simplemente recibe las palabras que está leyendo no es verdadero oficiante del rito de la lectura. Para ello hace falta participar activamente: con una parte de la cabeza adelantarse al momento de la trama que se está leyendo y, al mismo tiempo, dejar otra parte de la cabeza detenida en un momento anterior de la trama y del estado de los personajes. En suma, hace falta permitir la construcción autónoma de una memoria y una expectativa especiales, destinadas únicamente al libro que se está leyendo, para que el rito ocurra. Justamente ese "permitir" alude a la disponibilidad mencionada antes, y la construcción de esa memoria y esa expectativa especiales aluden a lo "activo" de esa disponibilidad. Pero, además, debe producirse otro fenómeno de doble vía: un diálogo con el libro, en el cual nosotros le planteamos incógnitas y necesidades al texto y éste no sólo nos responda sino que también nos pregunte cosas y nos haga contestar esas preguntas.

Planteado de esa manera, el rito de la lectura parecería una de las aventuras más apasionantes para el espíritu del hombre sedentario. ¿Lo es, realmente? Pero antes de hacernos esa pregunta debemos plantearnos otra ¿si mantiene este rito su intensidad (o la aumenta, para el caso) a medida que leemos nuevos libros, o más bien ocurre lo contrario? En casi todo lector se producen ciclos, en los cuales se alcanza cierta intensidad que deviene en saciedad, agotamiento y lejanía o abstención de lectura. Estos ciclos existen, por supuesto, a causa de los cambios que producen en la personalidad del lector los libros que ha leído e incluso el orden en que los haya leído. En algunos casos, el alejamiento puede volverse definitivo, o parecerlo. Es el caso de aquellos adultos que miran con perplejidad o nostalgia su adolescencia de lectores furibundos. Todos los ritos sufren cuestionamientos cuando se produce un cambio en el modo de vida del oficiante de esos ritos. "Mantenerse" lector implica, en gran medida, avanzar en las complejidades del rito de la lectura: superar los diversos obstáculos simbólicos (o no tanto) de iniciación. O, mirado de otro modo (como si la lectura fuese una adicción más que un rito), aumentar las dosis y hacerlas más frecuentes. Así, el *cold-turkey* (o síndrome de abstinencia) que le produciría a un lector la ausencia de material de lectura lo llevaría fuera de sí. Afortunadamente, la lectura debe ser la única adicción que nunca consume del todo la dosis inoculada. Un lector abandonado en un atolón absolutamente vacío, con un solo libro cuya lectura le durará —digamos— dos días, soportará mucho más tiempo que un drogón con una dosis

equivalente de heroína. Por la sencilla razón de que, una vez que termine la lectura, comenzará la relectura, que por lo general es infinita. Y, en cambio, el drogón no podrá, por más que lo desee, re-inyectarse la heroína que ya se inyectó. Conclusión: la lectura es una adicción baratísima. En cuanto a las secuelas, sin embargo, no me arriesgaría a afirmar que la lectura sea "siempre" menos nociva que la heroína, u otras adicciones tan conspicuamente dañinas según la opinión pública en general. No hay en esta frase el menor afán de sublimar un supuesto carácter "maldito" de la lectura, ni mucho menos. Pero tampoco pretendo subestimar su poder residual.

Hecha la salvedad, vayamos entonces a la pregunta clave: ¿el rito de la lectura es realmente una de las aventuras más apasionantes para el espíritu del hombre sedentario? No pregunto tanto si lo fue (cosa que es casi segura) sino si lo sigue siendo. Pero antes nótese la trampa: las palabrejas "espíritu" y "sedentario". Anulando cualquiera de las dos (o ambas) la pregunta tiene (y especialmente tuvo, en otras épocas) una respuesta casi obvia: no. Incluyéndolas, se nos plantea un dilema anterior a la respuesta: ¿Tiene espíritu el hombre sedentario? Yo diría, sin meterme demasiado en aguas profundas, que, al menos, lo tuvo en otras épocas. Diría que precisamente lo sedentario desarrolló en el hombre la conciencia de aquello llamado espíritu, vislumbrado muchas veces en la acción o el nomadismo más vertiginoso. En el caso de que lo siga teniendo, entonces, ¿le interesa al hombre sedentario, al hombre urbano sedentario actual, la lectura como una aventura apasionante para su espíritu? Aquí necesitamos un punto y aparte y tres estrellitas.

* * *

Al mirar retrospectivamente los últimos cincuenta años podría decirse que el cine ha sido, sin duda, una aventura apasionante del espíritu para el hombre sedentario urbano: produjo sensaciones inéditas de profunda intensidad, modificó comportamientos de generaciones enteras, desarrolló una iconografía, un "imaginario", común a millones de jóvenes y no tan jóvenes de los más distintos rincones del planeta. Basta nombrar a Rita Hayworth, Jimmy Stewart, Vincent Price, James Dean, Anna Magnani, Marlene Dietrich, Marcello Mastroianni, Liv Ullman, Phillippe Noiret o Dirk Bogarde para que cualquiera "vea" de inmediato un arquetipo de temperamento, de comportamiento, de verdadero *élan* vital. Incluso se ha calificado al cine de "usina de sueños" por su capacidad de generar en los espectadores la poderosa ilusión de aventura, romance, angustia y pavor o,

para decirlo de otra manera, una intensidad del espíritu. Podría decirse lo mismo del *rock roll* en los últimos veinticinco años. Y, de más está decir, también podría asegurarse tal cosa de la literatura (de la lectura) desde tiempos considerablemente más inmemoriales. Empezando, si se quiere, con Homero. El punto es si lo sigue siendo. Dejemos de lado la circulación de ideas en forma de teoría a través del ensayo, dejemos de lado la filosofía. (¿Por qué? Por arbitrariedad, si se quiere; porque ésa es otra aventura. O porque, entre otras razones, parece haber cada vez más intermediarios y vulgarizadores entre aquellos que generan las ideas en forma teórica y su supuesta audiencia. Porque parecen necesitarse cada vez más los claustros universitarios y los grupos extraacadémicos de estudio para acceder a la lectura "autorizada" de esas ideas, y, en cambio, el novelista y el cuentista siguen hablándole directamente al lector, sin privilegiar elíptica o explícitamente ningún sitio intermedio desde donde se deban leer sus textos, por más que el lector ya no esté allí, por más que haya sido reemplazado por el crítico o por una mera ausencia.)

Pareciera que la lectura ha perdido parte de su capacidad de seducción, sí, por lo menos en ciertas partes del planeta, en los últimos años. Casualmente esas partes del planeta son aquellas que se encuentran en lo que podríamos llamar la periferia, ya sea por una cuestión geopolítica, económica, cultural o meramente espacial (de distancia del "centro"). Sin embargo, en estos tiempos de "aldea global", en donde los ritos sociales se han universalizado casi totalmente, resulta sugestivo que en dichos sitios la lectura haya perdido su carácter apasionante, pero el cine o la música (por citar sólo dos ejemplos) lo conserven. Oigo un rumor en el fondo de mi cabeza que repite: "Educación, educación, el problema está en la degeneración del sistema educativo". Y otro rumor más, que sostiene: "Dinero, dinero, es una mera cuestión económica". Podríamos decir, quizá, que en países como los nuestros no se "enseña" idóneamente y que, por esa razón, no se generan nuevos oficiantes del rito de la lectura. O que nadie va a ser un asiduo oficiante de tal rito si debe elegir entre comprar un libro y comer, o alguna otra actividad de esa naturaleza. Sin embargo, estas dos presuntas causas no me conforman en absoluto. La económica porque se refiere a la mera "cantidad" de lectura (y por más que también las cifras de venta de discos y de asistencia a salas cinematográficas han caído en estos últimos diez o quince años, eso no redujo en absoluto la potencia del cine y de la música como aventuras apasionantes del espíritu. En todo caso, yo vería esa merma como una consecuencia de otra cosa, y me preocupa más el hecho de que se lea "peor" que el de que se lea menos —ya que no necesariamente se lee peor cuando se lee menos). Pasemos entonces a la degeneración educativa.

Tampoco me conforma esta explicación porque presupone que la capacitación de un presunto lector ocurre dentro y sólo dentro del sistema educativo. Y yo tiendo a pensar más bien en el rito de la lectura como una actividad hedónico-adictiva, similar al cine y a la música. Que, repito, no han perdido su potencia por estas comarcas a pesar de la evidente catástrofe educativa.

Habría que buscar la causa, quizá, por el lado de la palabra "periferia". Pero eso significaría hablar también de posmodernidad. Ya sé que parece inevitable en estos días caer en el tema cuando se escribe un artículo "cultural", y sé que ahora todos suponen que repetiré, autoadjudicándomelas, el puñado de frases recontrarremanidas sobre la posmodernidad a las que todo el mundo echa mano en estos casos. Sepan disculparme; es que las necesito para llegar adonde quiero llegar.

* * *

En la periferia, vivimos el advenimiento de la posmodernidad sin haber accedido a los beneficios (y taras) de la modernidad. Según un teórico alemán que estuvo de paso por Buenos Aires, lo notable es que la posmodernidad sea realmente posible (y nosotros vendríamos a demostrarlo) sin una modernidad previa. Se refería a algo así como la "posmodernidad de la pobreza" o "de los márgenes", concepto posmoderno por excelencia, y le apasionaba ver que fuese posible llegar a los mismos postulados de la posmodernidad sin rebelión contra la modernidad, sino contra algo así como el sino esencial de los países periféricos o de los márgenes. Ahora bien, lo que yo veo como un problema de la posmodernidad en nosotros es que su mismo discurso no sólo no erradica sino que profundiza una nostalgia inconsciente en todos nosotros por saberes y sistemas absolutos, totalizadores. Y digo inconsciente porque se manifiesta precisamente abrazando con celo absoluto un canon fragmentario por excelencia (autopropuesto como fragmentario, incluso) como es la posmodernidad. Detonando una búsqueda mortalmente solemne de metáforas "serias" en lo explícitamente paródico.² Así, nuestro afán de paliar el aparente retraso a que nos somete la periferia

²La posmodernidad nos dice, por debajo de su cosmética apariencia incontrastablemente seductora, que "todo" lo que se produce hoy en día debe verse, leerse y escucharse como proveniente de un lugar no central: voluntariamente periférico, voluntariamente lateral. No hay ambición verdaderamente abarcadora. Sin embargo, nosotros recibimos la posmodernidad como proveniente de un lugar central, y la abrazamos tan celosamente por esa precisa razón.

nos lleva al absoluto (apasionante, supongo, para "Herr Doktor" Gumbrecht) de parodizar la mismísima posmodernidad con nuestra celosísima manera de recibirla e interpretarla.

Parece haberse despertado en la gente (de clase media especialmente, que es aquella clase proclive por naturaleza a llevar al paroxismo todos los visajes de la moda en su sentido más amplio) un mecanismo incontrolable de *zapping*, que no es otra cosa que la prerrogativa del televidente, a través del control remoto, de huir de un canal y refugiarse en otro en el instante mismo en que la programación se desliza por un segundo fuera de la órbita de su agrado. Si interpretamos a Heidegger a la luz del signo de estos tiempos, la falta de profundidad de esta época ("En esta época en que la profundidad es la excepción", dijo él) es uno de los gestos anunciadores de la posmodernidad. La estética de la televisión y del video (en especial, de los clips) se basa en el vértigo más frenético, en la proliferación de imágenes más incesante, para evitar el *zapping*, para evitar el aburrimiento del televidente. Este ritmo privilegia el cambio de tema por encima de la profundización en el tema, de tal manera que todo tratamiento no superficial, no breve y no fugaz de un tema se vuelve sinónimo de aburrimiento. Es decir, anatema.

La televisión desarrolla un hábito en sus adictos, que no se limita a manifestarse en los momentos en que se está frente al aparato encendido. O así piensan al menos los directores de diarios y revistas en general, que se han plegado sugestivamente a dicho criterio de proliferación, al punto que algunos han llegado a declarar que pretenden que los medios que dirigen (escritos, "gráficos", si me permiten recordárselo) se "lean" como un noticiero televisivo. La progresiva y evidente reducción de cada texto en favor de la diversidad de textos (en los diarios) y de cada texto en favor del material gráfico que lo acompaña, sean fotos o ilustraciones o meras páginas de publicidad³ (en las revistas) es el signo de este cambio de mentalidad, de este temor al *zapping* del lector de un artículo a otro.

Es cierto que tanto el cine como la lectura están "amenazados" por este fenómeno, y eso en todas partes del mundo; pero lo curioso es que en el "primer mundo" la lectura y el cine conserven su halo apasionante y en la periferia sólo el cine (y la música) lo conserve, como dije antes. Quizás el motivo esté en que el apartamiento del mundo que propone el cine sea más socialmente aceptado que el que propone la lectura (quedarse en casa solo, leyendo, está "peor visto" que salir a la calle y entrar en un cine, cosa que

³ Y hoy en día se considera que las páginas de publicidad de una revista "dan" el espíritu de dicha publicación tanto o más que las ilustraciones o fotos y los artículos o notas que contiene esa revista.

además se puede hacer de a dos o más. Quizás el motivo esté en que estamos aplicando tan ferozmente el criterio posmoderno (para demostrar al mundo que no estamos retrasados) que llevamos el *zapping* al paroxismo, entre otras cosas, con la lectura: apagando el televisor simbólico que vendrían a ser los libros, o buscando en los comentarios de las revistas, diarios y televisión una versión "zapeada" de esos libros que "hay que leer", y obviando el resto.

* * *

Quedaría pendiente una faceta del asunto, la más delicada, que se refiere a que la lectura haya perdido su carácter apasionante simplemente porque, a los ojos de los lectores (de por aquí, al menos), no hay autores actuales de la talla descomunal de aquellos que surgieron antes y después de la posguerra (Sartre, Camus, Faulkner, Hemingway, Mann, Pavese, Mishima, Borges, Nabokov y otros) o antes y después de principios de siglo (Tolstoi, Proust, Kafka, James, Joyce y otros), para no mencionar siglos anteriores.

Es cierto que con la proliferación de medios de comunicación en la "aldea global" y el crecimiento enorme del aparato y del mercado editorial en el mundo entero, se promocionan intensamente autores sólo mediocres; pero también y simultáneamente es casi imposible que un autor descollante (y menos todavía: un autor simplemente interesante) publicado en algún lado no sea casi inmediatamente traducido a otros idiomas con una rapidez mucho mayor que en otros tiempos. Por otro lado, la misma presión del mercado editorial lleva a autores muy buenos a publicar sus textos muy rápido o a mantener un ritmo sostenido de producción y publicación desgastante, de manera tal que un libro muy bueno delata a veces la quizá mínima falta de decantación, reescrituras y correcciones que lo hubiesen convertido en un verdadero hito literario. Claro que, al mismo tiempo, todos conocemos las anécdotas de Dostoievski y Balzac referidas a las condiciones agobiantes de presión económica en que escribieron sus novelas, y no por ello sus libros dejan de ser verdaderos clásicos hoy en día.

Es difícil determinar cuáles libros de nuestra época deberíamos leer como clásicos del futuro. Primero, porque la nuestra es una época aparentemente muy espuria, o al menos nos parece tal porque se está produciendo un reordenamiento de valores éticos y estéticos que todavía nos cuesta desentrañar del todo. Y segundo, porque parecería más fácil juzgar a *Guerra y Paz* o *El Proceso* como grandes novelas que a un libro como el

recientemente aparecido *Vineland*, de Thomas Pynchon (éste es simplemente un ejemplo; no pretendo decir que sea un libro particularmente grandioso, así como no pretendo en absoluto subestimarlo), en el cual la clave entera de su alegoría, los arquetipos que se ocultan detrás de cada personaje e incluso el lenguaje que usan están basados en la iconografía televisiva norteamericana de los años sesenta. Quizá los lectores del siglo XXI lean las hoy altamente exitosas comercialmente historias terroríficas de Stephen King como verdaderos cuadros de época (costumbristas y psicológicos) de nuestro tiempo, así como nosotros vemos hoy en Balzac al paladín de la libertad republicana francesa y al crítico mayor del sistema monárquico, cuando él se proponía perpetuar y homenajear con sus libros el monarquismo en el cual creía fervientemente.

Si esto fuese un artículo estrictamente literario, ahora me tomaría el trabajo de desarrollar y argumentar mi opinión (de la manera más objetiva posible, si cabe objetividad cuando uno es parte, además de testigo) acerca del estado actual de la narrativa y de las aparentes falencias que mostraron en su gran mayoría los libros publicados durante los últimos veinte años. Podría "acusarse" (desde el punto de vista de un lector exigente) a la literatura de los setenta de hermética (por experimental) o de meramente transicional (después de la intensidad que tuvieron los sesenta también en literatura —recuérdense el *boom* latinoamericano, el *new journalism*, los primeros gestos del *nouveau roman* combinados con existencialismo—) y a la literatura de los ochenta como culpable de pretender construir novelas con criterio de cuentos (y aquí vale citar aquella legendaria "unidad de efecto" enunciada por Poe como indispensable para el cuento, pero no muy idónea para la novela; es decir: novelas que carecen en mayor o menor medida de personajes e historias secundarias atractivas —que muchas veces enriquecen tanto los libros que se convierten casi en su verdadero centro, como en el caso de Levin en *Anna Karenina*, para citar un ejemplo archiconocido—), y de pretender construir cuentos con criterios de viñetas (y así justificar, con la excusa del minimalismo, por ejemplo, estructuras monótonas, tediosas y sin conflicto dramático, que pasan por ser cuentos con "final abierto").

Pero éste no es un artículo estrictamente literario. Y, además, no hay nada menos estricto que el ejercicio de la futurología, profesional o aficionada. De manera que, en referencia a la narrativa de los noventa, lo único que se puede decir es que aparentemente no se repetirán los vicios del setenta y del ochenta (desde el momento en que ya han sido pertinentemente "denunciados"), pero quién sabe qué vicios tendrá a su vez. Si las líneas generales de la narrativa que se viene continúan el perfil anunciado por ciertos libros que han aparecido últimamente en distintos puntos del planeta

(de, entre otros, autores ingleses, italianos y checoslovacos —exiliados o no—) podría esperarse, sin pecar de descarado e injustificable optimismo, una literatura de más que considerable intensidad, menos *à la page* y más atemporal, para los años noventa. Para terminar, entonces, ofrezco a modo de prueba más o menos fehaciente de este presentimiento (o esperanza) de mi parte, una lista de autores y títulos que en realidad no "hay que leer necesariamente", pero que sería muy pero muy agradable para todos ustedes hacerlo, si se han interesado tanto en el asunto como para, al menos, leer esta crónica hasta este punto. Quizá, dentro de unos cuantos años, algunos de estos libros ingresen al parnaso de los elegidos y se conviertan, para bien o para mal, en "clásicos". Quizá no. Pero, como todos sabemos muy bien, cualquiera puede construirse un futuro posible a su medida, en el cual, por ejemplo, los libros que más nos han gustado se conviertan en clásicos.

Ingleses:

- Amis, Martin *Dinero* (novela), Anagrama.
 London Fields (novela), Penguin.
- Barnes, Julián *El loro de Flaubert* (novela), Anagrama.
 Metroland (novela; no hay traducción).
- Boyd, William *Barras y estrellas* (novela), Alfaguara.
- Swift, Graham *Waterland* (novela; sin traducción).
 Learning to Swim (cuentos; sin traducción aún).
 Fuera del mundo (cuentos), Alianza.

Italianos:

- Bufalino, Gesualdo *Perorata del apestado* (cuentos), Anagrama.
 Argos el ciego (novela), Anagrama.
- Busi, Aldo *Seminario sobre la juventud* (novela), Anagrama.
- Celati, Gianni *Narradores de las llanuras* (cuentos) Anagrama.
 Cuatro Relatos sobre las apariencias (cuentos),
 Anagrama.

Checoslovacos:

Hrabal, Bohumil *Yo que serví al Rey de Inglaterra* (novela), Destino.
Trenes rigurosamente vigilados (novela), Península.

Skvorecky, Josef *El ingeniero de almas* (novelas), Circe.
El saxofón bajo (cuentos), Alianza. □